

(02056)

Corresponsal de guerra

Susana llegaba tarde. Se había entretenido al salir del hotel y perdió el autobús que la hubiera dejado en los alrededores del estadio, por lo que en aquella ciudad desconocida para ella se vio obligada a buscar alguna combinación que la acercara lo más posible al lugar donde se iba a celebrar el partido del Rayo.

Había viajado como corresponsal de La Nueva Tribuna, el semanario que López había adquirido a un precio razonable. El empresario, fiel a su palabra, y no sin sentir por Susana algo más que interés profesional, la había designado como directora, adjunta a la presidencia del Rayo de Mospintoles. Porque la idea de López, desde un principio, fue crear un órgano de comunicación de la entidad deportiva.

Como directora del semanario, ahora volcado en la vida deportiva de Mospintoles y no en ecos de sociedad y noticias municipales, Susana se desplazaba con el equipo a fin de redactar la crónica del partido del Rayo, debutante en la segunda división, pero la directiva le había indicado con elegancia que debía permanecer alejada del hotel de concentración del equipo y gestionarse su propia estancia, que corría a cargo del periódico, naturalmente.

Debido a un congreso en la ciudad de destino las plazas hoteleras para este fin de semana no abundaban y Susana, ajena a este evento que congregaba a escritores de novelas y cuentos deportivos, encontró finalmente un alojamiento alejado del campo de fútbol, en la otra punta de la ciudad.

Estaba mediado el invierno y la luz del crepúsculo iluminaba las calles de la urbe cuando bajó del autobús. Llegaba con retraso al estadio para lo que ella acostumbraba. El partido aún no había comenzado, pero la prensa suele acceder al recinto deportivo con dos horas de antelación a fin de no verse envueltos en el ajetreo de los aficionados.

La circulación en las proximidades del campo era densa debido al partido. El transporte urbano la había dejado varias calles más abajo, y para llegar al estadio debía cruzar un descampado anejo a uno de los fondos del campo de fútbol. Durante el trayecto se había colocado el pase de prensa en la pechera del chaleco, y al bajar del autobús se colgó la cámara Reflex al cuello con el teleobjetivo ya montado. Llevaba otra cámara más pequeña en una funda y, previsoramente, otra de aficionado en un bolsillo interior.

La mayor parte del público ya había accedido al recinto y desde el descampado se percibía claramente el ambiente festivo que reinaba en los graderíos. Miró desde la distancia el nuevo coliseo de hormigón y una vez más se entusiasmó con el fulgor de los focos que se veía por encima de las gradas. Caminaba a media carrera sin reparar en lo que había a su alrededor.

No se apercibió de aquel grupito de hinchas locales. De haber reparado en ellos a buen seguro los hubiera evitado. Eran cinco ultras ataviados con bufandas y cachuchas con los colores del rival de hoy del Rayo, gamberros y malhechores que tratan de pasar por aficionados al deporte cuando lo suyo es armar bronca lo mismo en un concierto que en una primera comunión.

Cuando pasó a su lado uno de ellos la agarró por un brazo:

—¿A dónde vas con tanta prisa, morena?

Susana trató de zafarse del agarrón haciendo un amplio movimiento con el brazo:

—Adonde no te importa —respondió antes de advertir que el grupo sólo buscaba que les provocaran.

El tipo, con el cráneo pelado al cero salvo una lengua de pelo ralo en el centro, cerró su presa y se quedó agarrando la manga de la camisa de Susana. Dos de aquellos indeseables le cerraron el paso por delante.

—Uyuyuyuyuy, mira lo que tenemos aquí... Una negrita feroz y sin educación que viene a mi país a tratarme con desprecio.

En ese momento Susana fue consciente del peligro que corría:

—Lo siento. Por favor, tengo prisa. Soy reportera... —comenzó a decir, dándose cuenta de que si la encasillaban como seguidora del Rayo la cosa no haría más que empeorar.

Uno de los ultras, que había permanecido recostado en el respaldo de un banco que había en aquel descampado junto al estadio, se le acercó y cogió entre sus dedos la credencial de prensa. Luego deslizó la mano hacia abajo y acabó acariciando un pecho de Susana por encima del chaleco:

—Mira, la muy zorra es periodista. Sácate una foto comiéndome la polla, puta.

—Por favor, no quiero problemas...

—Eres negra y te apellidas mierda —le espetó agriamente el ultra, y no acabó de decir esto cuando le cruzó la cara a Susana de un tremendo bofetón.

Susana, que no esperaba el ataque, cayó de rodillas al suelo. La cámara osciló sujeta por la correa que tenía alrededor del cuello y antes de que la recuperara con las manos, de una patada aquel matón arrancó el teleobjetivo de su emplazamiento. Incapaz de contenerse, Susana profirió:

—Hijoputa...

No hizo falta más. Un puñetazo descendente la alcanzó a la altura de la ceja, en el arco superciliar izquierdo, que diría un comentarista de boxeo. El golpe le abrió una brecha, por la que manó sangre abundante, y Susana cayó sobre el costado. La cámara quedó en el suelo, todavía sujeta por la correa al cuello. Quiso incorporarse, pero de un pisotón aquel tipo aplastó la cámara,

destrozándola, y Susana sintió un jalón del cuello que la ocasionó un abrasamiento propiciado por la correa de cuero, tumbándola nuevamente.

Entonces aquel valentón se arrodilló y le metió la mano por la entrepierna, y desde atrás, cerca de la nalga, deslizó los dedos sobando el sexo de Susana por encima del pantalón vaquero.

En aquel momento, sin saber de dónde salió, un hombre no muy alto, con bigote, atacó al agresor descargando en su cabeza un toletazo con un objeto metálico. El ultra se desplomó semiinconsciente y su sangre pronto empapó la tierra. La barra, que no era otra cosa que la manivela de un gato de los utilizados para cambiar la rueda del coche, al impactar contra la cabeza del agresor ganó un efecto de rebote, circunstancia aprovechada por Sebastián Matute para lanzar otro garrotazo en dirección a la cara del asaltante que tenía más cerca. Tres dientes saltaron de aquella boca, dando también con este ultra en el suelo.

La barra metálica sufrió un nuevo efecto de rebote, menos intenso que el anterior, y Matute, dando un paso al frente se encaró con el que tenía más cerca levantando el brazo para descargar otro golpe en dirección a aquella tercera cabeza, pero aquel chulo, viendo venir el mazazo, se cubrió el rostro, momento que Sebas aprovechó para, flexionando las rodillas, bajar el brazo y atizarle ferozmente en la rodilla que tenía adelantada. Este otro ultra cayó al suelo también, presa de unos alaridos que hubieran sobrecogido a cualquiera de no ser por las circunstancias que se estaban dando.

Matute en aquel instante se desfondó, y sin poder tomar aliento supo que a partir de ese momento iba a recibir una soberana paliza. Pero los dos valientes que quedaban en pie, viendo la destreza con que se había desenvuelto Sebas, que nunca supo muy bien qué y cómo lo hizo, echaron a correr: —¡Vamos!, al coche, a por el fusco. Este hijoputa sabe kungfú.

Sebastián Matute pensó entonces en la chica que había visto golpear. Se volvió hacia ella para tratar de ayudarla, pero la muchacha, que trataba de recoger los restos de la cámara, le apremió: —Corra, señor, corra. Han ido a buscar una pistola.

Sebas no entendió lo que Susana le quería decir; todavía sin aire como estaba, el oxígeno no alimentaba bien sus neuronas. Viendo que los ultras se daban a la fuga creyó que huían de allí, por lo que no supo reaccionar ante la advertencia de la joven.

Cuando Susana se puso en pie, Sebas miró a los tres que había derribado: estarían fuera de combate por unos minutos. Luego miró en la dirección por donde habían huido los ultras, y cuando los vio aparecer de nuevo fue cuando

tuvo conciencia del peligro que corría. Agarró fuertemente la manivela del gato e inspirando profundamente esperó en pie a que se acercaran:
—Vete a buscar ayuda, muchacha.

Los dos ultras volvían al galope y uno de ellos traía algo en sus manos que trataba de manipular a la carrera. Ya estaban cerca, a tiro de piedra, cuando dos dotaciones de la Policía Nacional entraron en el descampado levantando una polvareda tras sí y cerraron el paso a ambos asaltantes por delante y por detrás.

Sebas asistía a toda aquella tragedia como enajenado. Días después, cuando hubo de relatar su heroicidad en Mospintoles, sólo atinaba a decir: “no sé lo que hice, y no sé si lo volvería a hacer”.

Sendos policías bajaron de los coches patrulla y encañonaron a los malhechores. En aquel momento llegaron corriendo el Juanmi y el Chispas, dos de los mecánicos de Talleres Matute.

—¡La madre que os parió! —les recibió Sebas—. Pues mira que habéis tardado de cojones. Me iban a dejar frito esos dos cabrones.

El Chispas miraba a su alrededor y no veía más que sangre. Desde la parte baja del desnivel que formaba el descampado había visto como su jefe derribaba en un santiamén a tres tipos más grandes que él:

—Joder, jefe, si se ha *bastao* usted solito.

—Esos dos cabrones traían una pistola, cretino. Hasta aquí no he tenido miedo, pero creo que ahora me va a cambiar el color de los calcetines.

Durante la semana Sebastián Matute se había dejado persuadir por sus dos empleados para salir de la Comunidad de Madrid e ir ver jugar al Rayo de Mospintoles. El Barça de sus amores jugaba esa semana un partido de mero trámite ante un flojo rival, de tal manera que ya sería noticia que sólo ganara por la mínima. Matute había estado alardeando en el taller de que tenía que hacerle el rodaje a su flamante Mercedes —ahora que la casa alemana estaba en tratos con casa Matute, de Mospintoles City— y qué mejor oportunidad que un viajecito a ver jugar al Rayo, habían insistido sus empleados.

Habían llegado al estadio con el tiempo justo para entrar al campo. Los prolegómenos del Rayo a Matute le traían sin cuidado, y habían estado comiendo opíparamente en un afamado asador, pagando él los tres cubiertos, por supuesto. Había aparcado el coche próximo a aquel descampado, y al acercarse a una de las puertas de acceso a las tribunas Sebas decidió volver para esconder un objeto de valor en el maletero, a fin de no dejarlo a la vista.

Desde el coche había asistido al asalto padecido por Susana. Ni corto ni perezoso agarró la manivela de un gato que siempre llevaba de más (cosas de mecánicos) y se disponía a ir a poner orden cuando llegó el bofetón que dio con Susana en el suelo. Mientras se encaminaba al trote, cuesta arriba, hacia aquel

punto llamó por el móvil al Juanmi y le dijo que había sorprendido a cinco *cabezapeladas* robándole el coche y que les perseguía por el descampado. Juanmi y el Chispas partieron a la carrera en socorro de su jefe.

La salida en estampida de ambos muchachos alertó a los patrulleros de la Policía Nacional, que les dieron el alto. Aprisa y pisándose las palabras el Juanmi contó lo que su jefe le había referido, y la dotación policial decidió acercarse al descampado, avisando por radio a otra patrulla para que se llegara hasta allí, temerosos de que aquel hombre que decía defender su patrimonio se llevara la paliza de su vida.

Cuando la policía vio la escena —tres tíos en el suelo, dos de ellos revolcándose, un hombre con una barra metálica en la mano, amparando a una chica mulata, y dos ultras yendo a por ellos a la carrera— no dudaron de cómo debían actuar.

Ahora todos se ocupaban de la joven agredida, que aunque había dejado de sangrar por la ceja tenía la cara totalmente ensangrentada. Matute sacó un pañuelo y comenzó a limpiar el rostro de Susana. El Chispas resoplaba junto a su jefe tras la carrera que se había pegado cuesta arriba.

—Jefe, es usted un héroe.

—No seas pelota, Chispas.

—¡Hostias!, jefe, pero si esta chica es Susana, la que lleva La Nueva Tribuna de Mospintoles.

Sebastián Matute miró a la joven con detenimiento. Siempre había querido conocer a aquella chica de cuyas intervenciones en Radio Mospintoles no se perdía una:

—Coño, pero si es...

El codo del Juanmi se hundió en las costillas de Matute adivinando que su jefe iba a estropearlo todo con su bocaza.

—...mi reportera favorita —remedó Sebas.

—Y negra, señor Matute —concluyó Susana—. Puede usted decir lo que quiera. Me ha salvado la vida.

—No exageres, chiquilla... Además, es normal que quien sólo te conoce por tus intervenciones en radio se componga otra imagen tuya. Tu voz no tiene acento.

—Soy española, señor Matute, nacida en Madrid. Mi padre es español y mi madre cubana, y negra como la boca de un túnel. En realidad yo soy mulata...

—...Y muy guapa —Sebas la miraba con ternura—. Y ahora vas a estar muy interesante, con la cicatriz que te van a dejar los puntos.

—Estos cabrones me han reventado la cámara.

—Eso ahora no tiene importancia. Ya llega ahí la ambulancia. Sólo nos faltaba que atendieran antes a estos miserables.

—Pero es que los ha *dejao baldaos* de verdad, jefe —insistió el Chispas.

—Aquí, camilleros. La agredida es esta joven —alzó la voz Matute—. Aquí primero, por favor. Esos son los malos, cojones. ¡Oiga!, le estoy diciendo que atienda a esta joven en primer lugar. No sea usted racista.

El sanitario, oyendo esto último, reaccionó como Sebas esperaba.

—Perdone, señor. No es cuestión de raza. La joven está en pie, y estas personas presentan heridas de mayor gravedad. Estamos haciendo una primera valoración. Pero descuide que la vamos a atender a ella enseguida. Ahí llegan más compañeros en otra ambulancia.

—Gracias una vez más, señor Matute. No sé cómo le voy a agradecer lo que ha hecho por mí.

Sebas, que abrazaba muy humanitariamente a Susana, se puso tierno y girándose hacia ella le dio un más que paternal beso en la frente:

—Pues diciéndome como es que me conoces y yo a ti no...

—Vamos, Chispas, que empieza el partido —intervino el Juanmi—. No creo que el señor Matute tenga ahora cuerpo para ver al Rayo.

(02057)

Los colores son los colores

López estaba sentado en el palco del equipo anfitrión en un nuevo partido del Rayo como visitante en la segunda división del fútbol español. Como presidente recién llegado a la Liga de Fútbol Profesional todo era nuevo para él, y no perdía ocasión de acudir a los palcos de los equipos rivales. Cuando el Rayo jugaba en casa invitaba personalmente al presidente del otro equipo; le convidaba a comer y luego a cenar tras el partido. Había decidido que no iba a dejar que su relación con las demás entidades se enturbiara por lances del juego o declaraciones mal expresadas en un momento turbulento, mal interpretadas y peor transcritas. Quería dejar clara su mentalidad de empresa, y detestaba a esos presidentes que oficiando de fanáticos del equipo se dejan llevar por el calor de la afición y pierden la objetividad.

López, en cada nuevo partido de liga, trataba de dejar claro que veía el fútbol y a su equipo meramente como una empresa, sin la incondicionalidad del forofo. Incluso —bromeaba con los demás presidentes— sería capaz de vender al Rayo como vendería cualquier otra empresa de su holding si ello fuera aconsejable desde un frío punto de vista financiero. Se había ganado la etiqueta de flemático entre los presidentes de la LFP.

No se llevaban jugados aún cinco minutos del partido cuando sonó su móvil particular, número al que sólo un selecto grupito de personas tenían acceso. Era Susana Crespo, la flamante directora de La Nueva Tribuna, el semanario que López había adquirido —de forma un tanto cara para su gusto, pero Basáñez

había insistido en las posibilidades que abría aquel nuevo negocio— durante el último verano.

Mientras dejaba que el teléfono sonara con un timbre casi imperceptible López miró hacia abajo, a la zona de los reporteros gráficos, y no distinguió a Susana entre los chicos de la prensa. Finalmente descolgó, un tanto inquieto hubo de reconocer, aunque sin saber por qué, pues era hombre de temperamento frío que había aprendido a controlar sus emociones:

~Dime, Susana —habló en voz baja—. No te veo entre los periodistas.

~No estoy en el campo, López. No he podido acceder aún. Me han asaltado en las inmediaciones del estadio.

~¿Estás bien?

~Me han roto la cámara Reflex, pero creo que con la de repuesto podré obtener algunas fotos válidas.

~¿Sólo te han roto la cámara?

~Bueno, me acaban de coser cinco puntos en la ceja.

~¿Quéeee? —chilló López consiguiendo que todos los presentes en el palco se volvieran hacia él.

El presidente anfitrión apartó la mirada del campo de juego y se inclinó hacia López:

—¿Va todo bien, presidente?

López levantó una mano en señal de espera mientras escuchaba lo que Susana le iba relatando. Al cabo de unos largos segundos López cerró la comunicación telefónica:

—Acaban de asaltar a mi reportera, aquí fuera, en ese descampado que está próximo a uno de los fondos, cuando se disponía a acceder a la zona de prensa. Me dice que han sido cinco ultras. La han agredido y está algo conmocionada. Ha precisado cinco puntos de sutura —informó de un tirón López a todo el palco. Hubo de reconocerse que estaba exasperado. Mientras él bromeaba en el palco aguardando el inicio del encuentro a Susana le habían dado una paliza.

—Presidente —continuó López con más calma—, me vas a tener que disculpar pero me voy a ausentar por unos minutos. Quiero ver a la chica.

Su colega presidente entendió la situación: lo de “mi reportera” había sido hartamente elocuente sin que López hubiera reparado en ello.

—Peláez, por favor —llamó a uno de sus directivos—. Acompañe al presidente López afuera del estadio, hasta el fondo norte, si es usted tan amable.

Peláez, que al igual que todo el palco ya estaba informado del percance sufrido por la que luego llamaron festiva y privadamente “la chica de López”, se puso a disposición del empresario mospintoleño.

López bajó por las escaleras internas con bastante prisa. Susana le había dicho que tenían un problema con la policía que no les dejaba acceder al estadio en aquellos momentos. Le extrañó que Susana utilizara la segunda persona del plural, pero no preguntó. En un momento dado Peláez le indicó que girara por uno de los pasillos interiores. Aquel estadio era enorme comparado con el municipal de Mospintoles. No en vano el rival de hoy era un equipo de primera división que por cosas del juego había perdido la categoría. Los porteros y el personal de seguridad identificaban enseguida a Peláez y les franqueaban los accesos por puertas laterales. En un santiamén estuvieron en el fondo norte, por debajo de los graderíos, mientras la multitud vociferaba por encima del hormigón. Algo acaba de ocurrir en el campo de juego a juzgar por el rugido de la turbamulta.

Cuando llegaron a la puerta de salida Peláez, prudente y educado, preguntó a López si deseaba ser acompañado hasta donde la periodista se encontraba. —Sí, por favor. Tal vez me sea usted de utilidad. Parece ser que la chica no puede acceder al estadio e ignoro el motivo.

Peláez no se hizo de rogar, y tras dar privadamente unas instrucciones al servicio de orden de la entidad que vigilaba aquella puerta, acompañó a López hacia el descampado. No habían abandonado la zona adoquinada y ya divisaron a lo lejos tres ambulancias y dos coches de la Policía Nacional. Un furgón antidisturbios del mismo cuerpo estaba algo más alejado; las ambulancias abandonaban en aquel momento el descampado, con los rotativos de urgencia prendidos. Peláez perdió por un momento su comedimiento: —Parece que ha sido grave —dijo con un deje de preocupación por primera vez desde que abandonaron el palco.

En breves segundos se llegaron al lugar del asalto sufrido por Susana. La joven, al ver llegar a López se adelantó hacia él. Tenía la camisa y el chaleco ensangrentados y lucía un tremendo apósito sobre su ceja izquierda. —¡Chiquilla!, ¿qué ha pasado? —exclamó López cuando estuvo junto a Susana—. ¿Estás bien? —añadió al tiempo que la abrazaba protectoramente.

Susana relató a los recién llegados lo sucedido, poniéndoles al corriente. —Yo puedo entrar al estadio, pero he de personarme en la comisaría nada más acabe mi trabajo. Pero me temo que el ciudadano que me ha salvado, que venía de Mospintoles a ver el partido, va a tener problemas. Insisten en que les acompañe inmediatamente para tomarle declaración y para que el juez de guardia decida si su reacción ha sido desproporcionada y se le imputa un delito de agresión con arma blanca.

—¿Y dónde está ese caballero? —preguntó López.
—Esto es inaudito. Deberían condecorarle por su acción —se indignó Peláez.
—Está en el furgón antidisturbios.
—¿Podríamos hablar con el oficial al mando? —preguntó Peláez a uno de los números de la Policía nacional allí presentes.
—Está hablando con el caballero en el furgón celular—informó éste.

Ambos directivos, acompañados por Susana, y escoltados por los agentes que allí se encontraban, se encaminaron hacia el furgón. Cuando llegaban se abrió la puerta lateral y bajaron dos hombres.

—¡Matute! —profirió López sorprendido.
—¡Inspector Pina! —Peláez saludó con sorpresa al oficial.
—¿¡Usted aquí!? ¡No! ¿¡Es usted quien se ha peleado con los ultras!? —preguntó López sin esconder su admiración.
—¡Qué suerte encontrarle a usted aquí en estos momentos! —exclamó a su vez Peláez, mucho más calmado que López.

Susana olvidó que López conocía personalmente al dueño de Talleres Matute — la publicidad del Rayo con el negocio de Sebas para recabar apoyos económicos entre la población de Mospintoles con vistas en su transformación en sociedad anónima deportiva fue muy comentada en toda la ciudad—, y se había ahorrado explicaciones. Por su parte el inspector Pina era un viejo aficionado al equipo de su ciudad, y acudía gustoso al estadio los días de partido para prestar servicio. Aunque algunos días, como hoy, no podía disfrutar del partido.

El inspector Pina fue puesto al corriente de la situación. López era el presidente del Rayo de Mospintoles, Susana era la directora del órgano de comunicación del club, y Matute era un empresario mospintoleño, casado con la teniente de alcalde para más abundar. Pina, que tenía ganas de ver el partido y dejar los trámites burocráticos para cuando acabara el encuentro, no tuvo objeción en dejar que Matute accediera al campo bajo palabra de Peláez, del presidente López y del propio Matute, de que al término del encuentro se personaría en las dependencias que la policía tenía en el interior del estadio. Y se comprometió a mediar para que el juez dejara partir a Matute sin retenerle más que lo estrictamente necesario.

—Es que aquí, su amigo de usted, ha ocasionado serias lesiones a tres ciudadanos... hasta que la chica no denuncie y declare en comisaría que fue asaltada y el caballero corrió en su auxilio y que dadas las intenciones de estos impresentables que le superaban en número se vio obligado a emplearse con contundencia —soltó Pina de una tacada, más informando a Matute de cómo debía declarar al término del partido que hablando con López.

—Entendido, inspector —terció Peláez—. Y si tiene a bien pasarse por el palco durante el descanso, hay un servicio de *catering* en el que será usted bienvenido, como siempre. Allí podremos hablar con más calma... del desarrollo del partido —insinuó el directivo.

—Correcto —suspiró Pina, que ya se había decantado por ayudar a los conocidos de Peláez.

Ambos directivos, Susana y Matute se dirigieron, pues, a la puerta por la que habían abandonado el estadio los dos dirigentes hacía sólo unos minutos. La primera parte del partido estaría ahora en su ecuador y aún llegarían a tiempo de ver buenos minutos de juego. Matute al llegar a la puerta se paró en seco: —Pues yo tengo entrada de tribuna, y he de llamar a mis chicos para que me bajen la entrada.

López se entendió con la mirada con Peláez, y fue éste quien pidió:

—Acompáñenos al palco, señor Matute. Ha sido usted un héroe y me gustaría presentarle a nuestro presidente.

—No exagere, caballero. Yo sólo vi a unos canallas agrediendo a una mujer e hice lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

Cruzaron por puertas interiores vedadas al público y en unos instantes estuvieron en la entrada al palco.

—López, yo aún he de hacer mi trabajo. Y con esta sangre en la ropa no creo que deba entrar ahí —expuso Susana.

—Acompáñenos, por favor, señorita. Tiene usted una aventura que contarnos. Ya bajará usted al césped en la segunda parte —suplicó Peláez.

—Pero tengo que sacar unas fotos, aunque con la cámara de reserva no sé qué calidad voy a poder obtener —repuso Susana mirando a López.

—No se apure, señorita —replicó nuevamente Peláez—. Yo le conseguiré unas buenas fotos de su equipo.

Desde allí mismo telefoneó a alguien que enseguida descolgó:

~José Carlos, soy Peláez. Atiéndeme bien. Necesito que saques también fotos a los jugadores del Rayo, como si fueran nuestros... Continúa con tu trabajo, pero como si trabajaras también para ellos... Es para la publicación institucional del Rayo... Tu compañera de Mospintoles ha sufrido un ataque de unos ultras nuestros antes de entrar al estadio y le han roto la cámara, además de abrirle una brecha... Vale, muchas gracias... Sí, ella está bien. Se ve que es una mujer dura... No, no digo que tengáis una profesión dura, digo que ella está hecha de una pasta especial. Tú no, majete —se burló cordialmente Peláez de su interlocutor al tiempo que cerraba la comunicación. Y dirigiéndose a Susana—: Señorita, asunto arreglado. Espero que nuestro chico sea buen profesional y su trabajo le agrade. Ya se lo presentaré cuando todo acabe. Entremos por favor, que nos vamos a perder el partido y a juzgar por el vocerío debe de estar en su momento más álgido.

Juntos accedieron al palco. Peláez se adelantó y explicó en voz alta lo sucedido. Susana y Matute fueron el foco de atención y durante unos minutos la narración de la mulata fue más importante que lo que sucedía unos metros más abajo, en el tapiz verde.

El palco, lleno casi exclusivamente por hombres, celebró la decisión y el arrojó de Matute y todos sin excepción le felicitaron personalmente estrechándole la mano. Una dama que se encontraba en primera línea, junto al presidente anfitrión, se dejó ver y pidió a Susana que se sentara junto a ella.

Al pasar junto al presidente, éste se dirigió a Susana:

—Lamento profundamente lo que le ha ocurrido, señorita. Estoy avergonzado de que vecinos de esta ciudad que se hacen pasar por hinchas de mi equipo se hayan comportado con usted de manera tan deplorable y vituperable. Espero que se haga justicia pues no hay derecho a que haya sido usted atacada tan sólo por ser mujer y seguidora del Rayo.

—Lo siento, señor —sonrió Susana—, no le han informado bien. Me han pegado sólo por ser negra.